

Lo que sea de cada quien

Las truculencias de Paco del Villar

Vicente Leñero

Cuando Alejandro Springall, el director de *Santitos*, me confió que era sobrino por línea materna de Francisco del Villar, se me vinieron a la cabeza, como despeñadero, los recuerdos de mi vida con Paco. En realidad nunca lo llamé Paco. Le decía don Francisco, señor Del Villar, señor director... Nos hablábamos de “usted”.

Casi nada sabía de él en 1971, cuando me llamó por teléfono. De no ser su versión cinematográfica de *El tejedor de milagros*, la obra teatral de Hugo Argüelles, desconocía sus películas. Estaba enterado de que Argüelles era su guionista de cabecera y de que los últimos filmes —en busca de taquilla— se orientaban por los caminos de la truculencia, de la audacia sexual casi pornográfica digna de la clasificación D: “estrictamente para adultos de amplísimo criterio”.

A punta de flashazos me recuerdo ahora entrando en su oficina para la primera cita. Lo veo rodeado de su colección de elefantitos con las trompas hacia arriba. Lo escucho explicándome las técnicas del guión y del *shooting-script* contándome una historia de incestos y sodomía, leyendo en silencio, delante de mí, el libreto que por fin he logrado terminar después de sufrir cuatro semanas con las exigencias de un género desconocido: está encorvado ante el escritorio, pasando lentamente hoja tras hoja hasta que de pronto el puente de sus anteojos brinca del ceño hasta la punta de la nariz, y me dice:

—Cuando vea que los lentes se me caen, así como ahorita, es que me asombró un diálogo, una escena, un giro de la trama. Sólo así sabrá que va bien porque a mí no me gustan los halagos. Lo que funciona, funciona—. Y así aprendí a hacer funcionar las

barbaridades que me proponía como argumentos, y a valerme de sus consejos, de sus mañas, para formular historias que aunque entonces estaban al servicio de la procacidad, lo estarían alguna vez —pensaba— de películas más dignas, más ve rosímiles, más fieles a mi manera de pensar. Si aprendí el oficio fue gracias a él, porque fue paciente conmigo, generoso en su trato, puntual en sus pagos, cordial en sus charlas.

Caminaba pues, en aquel 1971, rumbo a la oficina de don Francisco del Villar sin saber aún con qué clase de sujeto iba a encontrarme.

Lo primero que me dijo fue que había roto ya su mancuerna con Hugo Argüelles y andaba a la búsqueda de guionistas.

—Yo nunca he escrito para el cine —le advertí.

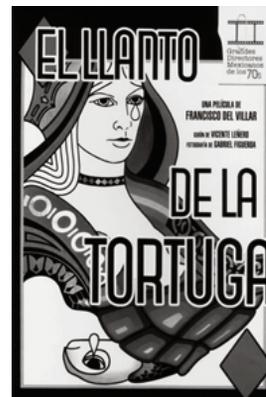
—Pero ha escrito teatro, ¿qué no?

Había pensado en mí y en otro cineasta joven.

—¿Usted conoce a Juan Manuel Torres?

Conocí a Juan Manuel a fines de los cincuenta, cuando ambos participábamos en un taller literario del Centro Mexicano de Escritores impartido por Juan Rulfo y Arturo Souto. Juan Manuel era entonces un chamaco comunista e impertinente, pronto a descalificar los trabajos de sus compañeros. Su credo eran las técnicas de Hemingway y de los novelistas de la mirada. Por eso, quienes seguían aplicando la omnisciencia narrativa o la subjetividad decimonónica, no hacían sino orinar fuera de la bacinica, decía. Era intolerante, necio, pero razonaba bien sus impugnaciones. En 1962 se fue becado a Polonia a estudiar cine. Regresó en el 68 y empezó a filmar cintas prometedoras.

A Juan Manuel Torres y a mí nos invitó Paco del Villar a una función privada —con



no más de veinte personas— a la sala de proyección del condominio de productores. Necesitaba mostrarnos sus dos últimas películas, *Las pirañas aman en cuaresma* y *La primavera de los escorpiones*, para que viéramos —dijo— la clase de cine que estaba haciendo y quería hacer con nosotros.

Rodeados de incondicionales, Juan Manuel y yo soportamos, ¡madre mía!, las cuatro horas de exhibición. Nos dolía la cabeza. Nos sentíamos agotados.

A la hora de los sangüichitos, luego de los abrazos y las felicitaciones de sus invitados, Francisco del Villar nos llevó aparte. Se veía feliz. Su sonrisa era la de un triunfador.

—A ver, muchachos, quiero oírlos. Qué piensan de mis películas.

Tragué saliva. Mencioné a Isela Vega y a Milton Rodríguez. Dije algo de la fotografía.

Juan Manuel Torres no lo dudó un instante:

—Mierda, señor del Villar. ¡Sus películas son una mierda! —Gritó para que todos lo oyeran. Y con el whisky en la mano salió disparado de la sala.

Del Villar se mantuvo en silencio unos